

EL IRIS.

CIENCIAS, ARTES, LITERATURA.

REDACTORES.

J. A. SEURESTAA. — SIMON CALCAÑO.

LAS NOTABILIDADES.

La vanidad es, á no dudarlo, la pasion mas honda del corazon humano ; se desarrolla con la infancia, é intenta traspasar los límites de la muerte ; perpetúa las desigualdades sociales hasta en la morada de los que ya no son, y ha impulsado siempre al hombre á buscar la celebridad por cuantos medios han estado á su alcance. Pero esta hermosa pasion, que ha convertido tantas veces la tierra en un lago de sangre, que ha inventado los títulos y las jerarquías, que mueve al pavo real á desplegar su vistosa cola, á caracolear al caballo enjaezado, y al hombre á cubrirse el pecho de cintajos y á no contestar á los saludos de sus semejantes, ha llegado á ser la pasion dominante de nuestra buena sociedad : nunca las gentes se han resistido mas tenazmente á convencerse de que es mui raro poseer un gran talento y un corazon elevado ; que la mayor parte nacen honradas medianías ; que las puertas de la inmortalidad se abren solo á los verdaderamente grandes, y que aunque nada mas fácil que vestirse como los grandes hombres, andar como ellos, reproducirse del mismo modo y hasta tener su misma estatura, nada mas difícil tampoco que ejecutar sus grandes hechos y escribir obras inmortales, aunque todo el mundo tenga la cabeza colocada sobre los hombros y el corazon puesto en su lugar. Y sin embargo, esta tendencia del hombre á descollar entre sus hermanos, este achaque eterno de la humanidad, se ha desarrollado entre nosotros de una manera espantosa de algunos años á esta parte : nada mas raro ya que encontrar un niño que no se crie para genio : las calles están obstruidas por los grandes hombres, y toda la tierra hierve en *notabilidades*. ¡ Pero de dónde este contagioso afan de ser famosos, esta pueril ambicion que

contamina hoy todas las clases de la sociedad ? ¿ Será que nuestras eminencias sociales carezcan de verdadera grandeza, y que su pequeña talla haya despertado hasta en los mas enanos el deseo de medirse con ellas ? ¿ Es que carecemos de hombres verdaderamente grandes ? . . . Sea lo que quiera, cortemos el hilo de nuestras reflexiones y bosquejemos alegremente la grotesca fisonomía de esa muchedumbre de *notabilidades* que ha puesto la grandeza y la celebridad al alcance de los lacayos y de las rameras.

Jorge es una notabilidad ; diez años ha que vive con un fausto de príncipe, contrayendo deudas sobre deudas y haciendo perecer en la indigencia las familias de sus acreedores. Es imposible engañar con mas ingenio : ¿ qué hombre ! Ayer falsificó con tanta gracia y oportunidad una letra de cambio, que despues de contener con ella la turba insolente de sus proveedores, le sacó á uno de ellos dos mil duros mas con el precioso documento. Es lástima que un hombre como él tenga que marcharse al extranjero por no encontrar ya quien le preste un real. En este pais no pueden vivir los hombres de su talento : los acreedores favorecidos por la justicia se atreven á pedirle á uno lo que le han prestado.—Por allí viene Luis ; no conozco un hombre mas digno de admiracion : su vida es una verdadera novela : ¿ pero qué mucho, si él es todo un carácter ? Todas las mujeres se enamoran de él : es el espanto de los padres y de los maridos. Pocos hombres han sabido aprovecharse mejor de la hermosa presencia y del fino talento con que le ha dotado la naturaleza : su historia íntima es un tejido de escenas sangrientas y graciosas. Ve una mujer bella, joven, ó rica, y se decide con alma y vida á conquistarla : si no lo logra, la deshonorra por medio de la calumnia ó de las apariencias : si triunfa de su virtud, la entrega á la miseria ó á la desesperacion despues de esplotar su amor, sus riquezas y sus influencias en provecho de su lujo y de su celebridad. Entre otras muchas, dos de sus aventuras son graciosísimas ; necesitando una vez romper los lazos que le unian con una mujer casada á quien habia empobrecido, pero cuya deshonorra permanecia oculta, la dió una cita : escribió en seguida una carta á su marido ; y cuando la infiel esposa se arrastraba á los piés de su seductor, llamaba á la puerta de la habitacion el engañado esposo : Luis huye por un balcon y abandona su víctima indefensa al furor del burlado marido. Fué aquel un lance que hizo reir mucho á todos sus amigos. Una joven habia resistido todos los ataques de su

obstinada seducción, porque estaba enamorada de otro: habíase cruzado una apuesta sobre la virtud de aquella mujer, y Luis debía quedar con honor: la hermosa recibe una carta de su verdadero amante que, atravesado de una estocada, quiere verla antes de morir: Zelia huye de la casa paterna; vuela á la del amigo donde debía hallarse su adorado Fernando: una criada la conduce á una habitacion secreta, y Luis entra á poco seguido de varios camaradas con copas y luces en la mano. Vamos, decididamente nuestro Luis es toda una notabilidad.

¿Quién es aquel hombre gordo que tiene el pecho cubierto de condecoraciones, el rostro cejijunto, el andar pausado, la mirada despreciativa y el hablar monosílabo? ¡Ah! es D. Serapio; es una notabilidad política! Es un personaje verdaderamente respetable: jamás ha pronunciado un discurso en las Camaras: nunca ha hecho la oposicion á ningun gobierno: no ha escrito nada; no ha prestado ningun servicio importante; pero tiene una incapacidad tan perfecta y una facilidad tal de doblegarse á la voluntad de los demas, que únicamente á estos dotes y á su encopetada figura, ha debido el sentarse dos veces en la poltrona ministerial. Con él viene el celeberrimo D. Blas; ese sí que ha llegado insensiblemente á la inmortalidad. Empezó su carrera de periodista haciendo una oposicion tan enconada al ministerio, que se vió obligado á sacarlo diputado de la mayoría. D. Blas sabo hablar decorrido con tanta insolencia como falta de talento y de instruccion: el ministerio que le habia colmado de honores y riquezas cayó en su última crisis, y era necesario que D. Blas lo mostrase su agradecimiento: pronuncia un discurso furibundo contra los ministros agonizantes, y la oposicion recibe con los brazos abiertos el valiente apóstata. D. Blas entra á formar parte del nuevo gabinete que habia nacido para vivir muy poco: conócelo nuestro hombre, presenta su dimision antes de que estalle la crisis, y vuelve á rehabilitarse en la opinion pública. D. Blas ensayando desde entonces su sistema, ha convertido su frac en un cuadro heráldico: desarrolla sus planes económicos con sus inmensas rentas, y fabrica el pedestal de su gloria con los víctores de sus numerosos amigos. Los hombres de talento se rien de D. Blas; los hombres honrados le desprecian; pero cuando él abre sus salones acuden en tropel las gentes mas famosas de la corte. ¿Qué es esto? Hablando con nuestras dos celebridades viene tambien una de nuestras notabilidades literarias:

es D. Antolin, ese escritor famoso que ha dado tantas obras á la estampa. ¡Qué talento el de D. Antolin! Nadie ha sabido sacar tanto provecho como él del estudio de los idiomas extranjeros: D. Antolin ha llegado á poseer el arte de escribir como no lo poseyeron antiguos ni modernos; él traduce los pensamientos, traduce los argumentos, traduce el estilo, las palabras, y sin embargo, todas sus obras son originales. D. Antolin es además un hombre completo: solo le falta una cosa que no ha querido traducir de ninguna parte, la vergüenza.

Pero ¿quién no conoce al famoso Ricardo, ese pálido y melencólico jóven, que tiene el corazón tan gastado como su traje, el rostro de suicida y el hablar necio y melancólico! Ese no es un literato, ni un político, ni un hombre, es un *genio*. Sus padres, creyéndole formado como todos los humanos, le dieron una carrera y él la abandonó; sus amigos le socorrieron en los días de desgracia, y él los pagó con la ingratitud y el desprecio; viéndose entonces abandonado de todos, miserable, roto, ignorante, sin un oficio, sin ingenio, sin mas recursos ya que su vanidad y sus melencolías, no pudiéndose dedicar á nada, se metió á genio. ¡Qué injusta es la sociedad con ese grande hombre! No comprende sus colosales pensamientos, únicamente porque no se los ha revelado á nadie: escribió una comedia, y todo el mundo corrió á silbarla solo porque era mala. ¡Pícara sociedad! ¿por qué no creéis en ese genio? ¿Es porque no ha escrito nada? Los genios no necesitan escribir: ¿es acaso porque desprecia á Calderon sin leerle, y no le satisface Cervantes á quien ha leído? Los genios lo desprecian todo; los genios no son como los demas hombres; son únicamente genios.

Donde se pueden pescar notabilidades á montones es en las elecciones de los *padres de la patria*. En ellas podriamos tropezar con D. Casimiro que trabaja para la eleccion de D. Blas, que se guarda el dinero que le entregan para regalar á los electores, y que, fiándose solo en sus dotes oratorias, trata de arrastrar hácia la urna al ciudadano que trabaja, paga y elige, sin sacar las mas de las veces ningun provecho de su trabajo, paga y eleccion.— Por otro estilo es D. Teodoro que no se guarda mas que la mitad del dinero que le dan para la eleccion y que al entregar á los electores las papeletas con los nombres de su protegido, les añade siempre alguna pequeña moneda de plata para que refresquen á su salud....— Pero mas notable que ninguno de estos dos es el elector D. Pánfi-

lo, que finge que se entusiasma con el discurso de D. Casimiro, que acepta las papeletas y el dinero de D. Teodoro y que se mofa de los dos, depositando en la urna una papeleta distinta de las que le han dado....

Y si fueran estos solos. Además de la turba inmensa de nuestras notabilidades cuyos retratos no podríamos acabar nunca, ha producido boi la mansa de la fama otro linaje de celebridades de mas baja esfera, que son las especialidades. La especialidad es una inmortalidad de segundo orden que nuestra sociedad ha puesto al alcance de todas las gentes. Como todo hombre ha nacido para ser famoso, el que no puede hacerse notabilidad, se hace especialidad, y ya tiene además de su apellido otra cosa que dejar á sus herederos. El número de los hombres notables es inmenso; pero el de los especiales es infinito. Juan es una especialidad para ponerse los guantes; Pedro, para dejarse deshonrar de su mujer; Antonio, para hacer zapatos; D. Cosme, para votar siempre con el gobierno; Joaquin es famoso por su falta de educacion; nadie sabe quedar tan mal como él en todas partes; es una especialidad. D. Manuel ha hecho su carrera á fuerza de amabilidad; tiene la boca desgastada de tanto sonreir; es una especialidad para lamer las plantas de los poderosos. ¿Quién no es especialidad para algo en este tiempo de especialidades? ¿Pero qué es esto? ¿Qué amor es este tan desenfrenado que se ha desarrollado hoi por la celebridad de los apellidos, por esas cuatro ó cinco sílabas que hemos heredado de nuestros padres? ¿Notabilidades y celebridades! ¿ignorais que la mayor parte habeis nacido para vivir confundidas con esa muchedumbre de honradas gentes que usan solamente su cabeza para ponerse y quitarse el sombrero! ¿A qué esta comazon de inmortalidad! El que no pueda creer en la inmortalidad de sus hechos, que crea en la inmortalidad de su alma. ¿Todo es creer! Dichoso el que en épocas como la presente logra andar por todas partes sin ser señalado por el dedo de la opinion como hombre *notable*!

M. ORTIZ DE PINEDO.

CARTA.

Carúcas, Enero de 1862.

SEÑOR ABIGAIL LOZANO.

San Thomas,

Mi querido Abigail :
 Hoí con tu carta en la mano
 Dudo si soi un insano
 O si tú eres un cerril.

Pero eu la estraña ocurrencia
 Como quiero contestarte,
 Ya lo ves, recorro al arte
 Divino, á la gaya-ciencia.

Vaya ! la frase fatal
 De *dulce y genial pereza* (*)
 Te ha zumbado en la cabeza
 Como un trueno tropical.

¡ Tú no sabes, criatura,
 Que nosotros los poetas
 En nuestras cartas secretas
 Nos tratamos sin cordura,

Y es todo agravio un cariño,
 Donaire toda maldad
 Si lleva de la amistad
 El puro manto de arañño ?

Pues ¡ por qué, voto á las Musas,
 Con tan rígida entereza
 La *dulce y genial pereza*
 De mi buen afecto acusas ?

Me dices que por qué en sério
 Tomaron acá la cosa
 Y de una chanza amistosa
 Engendraron un dícterio ;

Y la canalla enemiga
 Del tierno y gúrulo acento
 Del poeta, á un fin cruento
 Condenó tu lira amiga.

Pero hombre do Dios bendito,
 Por no decir otra cosa,
 ¿ Cómo la canalla envidiosa
 Me confundes ? ¡ qué delito !

(*) No repitas lo de "dulce y genial pereza," porque esa chanza de mis amigos se tomó á sério en Carúcas y decretaron, por ende, una muriera de hambre.—Carta del señor Lozano.

Vaya que sabes vengarte !
Y no eres digno, en conciencia,
De que use la gaya-ciencia
Quien pretenda contestarte.

Mas dejemos eso á un lado,
Que por cierto me parece
Que ni aun la pena merece
De haber sido mencionado

Y á un asunto de otra estrofa.
Dime, ¿ ese señor Corpancho (*)
Es hombre de cuerpo ancho
O así lo llaman por mofa ?

No pienses que importa poco.
Si no es él de fuerza atlética
Y una América poética
Quiere publicar. es loco.

Pues debe ser un Sanson
El hombre que en nuestro siglo
Entre en lid con el vestiglo
De la prosáica opinion.

Hoi ¿ quién los versos aprecia ?
¿ Qué vale la poesia ?
¿ Hai álguien que no se ria
Del poeta á quien desprecia ?

Siglo de vapor, de figio.
De polísticas querellas
Que alzar hasta las estrellas
Quiere el guerrero contagio.

Pide que al rudo fragor
De sus sangrientos horrores
Se mezcle siempre en loores
El laud del trovador.

De la noble musa exigen,
Virgen del cielo venida,
Que al carro triunfal asida'
Renuncie su escelso origen.

Ah ! mejor suerte le cupo
En las remotas edades
Cuando huyendo las ciudades
Vivir peregrina supo.

De láuro imperecedero
Llevó la frente cubierta
Miéntras fué de puerta en puerta
Pordiosera con Homero.

(*) Las composiciones son para una nueva América poética que publicará el señor Corpancho.—Carta del señor Lozano.

Entónces, al son del laúd
Cantando la patria historia
Al templo de eterna gloria
Llamó el valor, la virtud.

Mas hoi. . . .! doblemos la hoja
De nuestra historia presente,
Doblémosla! el alma siente
Una indecible congoja!

Hoi, el canto del poeta
Es un himno solitario
Que suena en el santuario
De un alma triste é inquieta.

Es la queja del alcion
Que modula sus cantares
Cruzando sobre los mares
Que revuelve el aquillon:

Y en medio á la saturnal
De nuestro siglo de espanto
¡Quién ha de escuchar el canto
Que habla del alma inmortal!

Solo alguna enferma y triste,
Como el alma del poeta,
Que al cielo aspirando inquieta,
Como ella, de luto viste.

Y estas, por cierto, son pocas.
Sea temor, sea desden.
De oirse nombrar tambien
Al par de las almas locas.—

Y ahora pasando del todo
A la parte, de mí mismo.
Sin orgullo y sin cinismo
Te hablaré del mejor modo.

Tú sabes, Abigail,
Que yo jamas he apreciado
Lo que escribo en un cornado.
Ni aun en un precio mas vil.

He escrito, no sé por qué,
Para qué, ni con que objeto:
Ese es para mí un secreto.
Si aun lo haré, tampoco sé.

Y por tanto, de mis versos
No me esforzaré en probarte,
Que basta verles el arte
Para ver que son perversos.

Tú sabes que con vergüenza
Siempre á la estampa los doi,
Y si he de mandarlos hoi,
Yo no sé como la venza.

EL IRIS.

Nada nuevo encuentro en ellos
Dando en mirar me encapricho
Lo que ya todos han dicho.
Estos, los otros y aquellos

Y son leyendas los mas.
De tanto cuerpo, que entiende
El que leerlas pretende
Que no ha de acabar jamas.

Mas hoy una, otra mañana
Te las iré remitiendo ;
Pero, Abigail, pretendo
De tí una crítica sana.

Eh ! sin temor ; voto al chápiro !
Si gusta ó no gusta dí,
Pues hablamos de tí á mí.
De gasnápiro á gasnápiro.

Adios. Y en otra ocasion
Procura no molestarte
Porque puedas malograrte.
Abigail, de un cansón.

A. CALCAÑO.

X CIRINEO.

Has mentido Cirineo
O estarás mal informado
Pues dices que yo he morado
En los campos de " El Recreo."

Que polísticos sucesos
Me han hecho variar de rama :
Al que Calándria me llama
¿ Quién le ha embrollado los sesos ?

Nunca el ambiente aspiré
De los campos de " El Recreo. "
Y aunque mucho lo desco
Sus delicias no probé,

Que en una rama ignorada
En Carácas he vivido
Y mis ecos se han perdido
En mi estancía retirada.

Mas tú tal vez escuchaste
Algun acento perdido
Y no echándolo en olvido
Al punto lo publicaste.

Pero es bien original
Que engañes así al lector
Ofreciendo algo mejor
Sin temor de quedar mal.

¡ Por cierto que causa risa
Tu imperdonable mentira !
¡ Decir que pulso la lira !
¡ Llamarme á mí poetisa !

Oh ! ¡ cuán pródigo has vertido
Tu lisonja bondadosa !
Tú has mentido sin reboso
Tanto elogio inmerecido.

¡ Por esto me he de enojar ?
No, que mentira sería ;
¡ Ojalá mi fantasía,
Pudiera un verso entonar !

Mas, no puedo Cirineo
Pues no me siento inspirada
Y mi mente desolada
No se presta á mi deseo.

Mis versos has publicado
Y aunque en esto me haces bien
Es muy cierto que tambien
Un mal me tienes causado.

Sé que te debo explicar
Ese mal muy prontamente
Mas Morfeo impertinente
No me deja continuar.

ISABEL PERPIGNAN.

Carúcas, Julio 1º de 1862.

UNA LAGRIMA DE NIÑO.

(Traducide del frances para " El Iris. ")

Suponed, lector, que nos hallamos en el hogar de los actores de uno de los teatros de Paris ; no es verdad que sabéis lo que es un hogar de actores ? un salon de cuatro metros en cuadro en el cual se reunen desde las seis de la tarde hasta media noche, actores, actrices, directores, autores dramáticos y periodistas. Allí se oharla no por maledicencia sino por charlar. Como todos son amigos, ó sirviéndome del términino técnico, *camaradas*, no hai ceremonias, no tratan de brillar con agudezas, prefieren guardar silencio antos que ha-

blar para no decir nada ; de donde resulta que la mayor parte del tiempo cada uno manifiesta á su turno, amabilidad, agudeza, alegría y á veces sensibilidad. Allí se oyen sátiras, crónicas casi escandalosas y anécdotas enternecedoras. Allí el narrador se expresa bien, porque siempre está seguro de ser oído con extrema benevolencia. Una noche of allí una historia que aunque sencilla, me conmovió mucho. Voi á referirla tal cual la he retenido, y si no os conmueve será porque estará mal relatada.

Hábase hablado de lluvia, de buen tiempo, de todo en fin, cuando á propósito de una pobre jóven á punto de estreñarse y que el dia antes se habia quedado inmóvil, muda y por decirlo así, inanimada delante de ese juez implacable, llorado el público, la conversacion tomó un jiro algo metafísico.

—Nadie se cura del miedo, dijo uno, la naturaleza nos ha creado atrevidos ó tímidos.

—Así como nos crea frios ó ardientes, dijo otro, jugadores ó lujuriosos, inclinados al vicio ó á la virtud. Eso depende de la sangre, de la constitucion ó de los nervios. Mueren en un cadalso los que si hubieran sido de temperamento linfático habrían muerto en su cama. Se cree que la educacion forma á los hombres, pero esto es un error. Los hombres son toda su vida lo que al nacer. Tanto mejor para los que nacen bien organizados ; desgraciados de los otros.

—Vamos, replicó uno de los concurrentes. Lo que decis es materialismo puro y el mas doloroso. Si la humanidad fuera así, seria una peste ; habria que ponerle una piedra al cuello, quitarle los piés y las manos y arrojarla al rio. ¿ Creéis, por ejemplo, que un hombre ridículo, que tenga vicios ó pasiones no podria corregirse ?

—De lo ridículo, quizás ; pero de los vicios ó pasiones jamas ! Mostradme un ambicioso, un jugador, un avaro convertido.

—Un avaro convertido ? uno hai entre nosotros y ese soi yo, exclamó uno de nuestros mas distinguidos dramaturgos, hombre de corazon, cuyo pródiga generosidad es hoy proverbial.

—¿ Habéis sido avaro ?

—Como Harpagon. Ademas tenia la ventaja de ser caprichudo como el caprichudo de Goldoni. La única diferencia que existia entre nosotros es que si yo era poco benévolo, en cambio era muy áspero. Hoy estoy radicalmente curado de ambos achaques.

—¿ Y quién ha hecho tan milagrosa cura ?

—Quién ? Una lágrima de niño.

Al llegar aquí prestamos mayor atencion y nos aproximamos mas al convertido, el cual continuó :

—Era en 1844, acababa de representarse en la Puerta de San Martín, una de mis piezas, la que hasta hoy me ha pro-

ducido mas dinero ; ¡y por qué no diria la palabra ? la mayor suma de fama. Dos cartas me llegaron á la vez de Marsella ; una, del director del teatro en que me decia que vistas las dificultades que se presentaban para poner mi drama en escena, me proponia que fuese yo mismo á dirigir los últimos ensayos. La administracion del teatro me dejaba árbítró de fijar la indemnizacion que debiera dárseme por mis gastos de viaje y de mudanza, debiendo partir inmediatamente.

La otra carta estaba concebida en estos términos :

“ Señor, la mujer y la hija de vuestro hermano so muerren de miseria. Algunos centenares de francos las librarán de la muerte y vuestra presencia les daría la salud.

“ Firmado : EL DOCTOR LAMBERT.”

Os lo he dicho hace un momento y no tomo repetirlo, porque es una confesion que ahora puedo hacer sin avergonzarme, yo tenia el alma como Harpagon. La carta del Dr. me desagradó en extremo, la estrujé entre mis manos con rabia, sin embargo, como la proposicion del director del teatro de Marsella esija una solucion inmediata, partí.

Mi viaje no fué sino una larga suma. Calculaba á cuanto podría elevar la indemnizacion que tenia que pedir ; formaba anticipadamente una tarifa de mis consejos ; fijaba precio á mis palabras, en fin, me volvia mercancía.

En cuanto á mi cuñada, pensaba en ella lo menos posible. Cada vez que la recordaba trataba de olvidarla, oh ! hacia mal, muy mal ! porque ya tenia mucho que echarme en cara respecto á aquella pobre mujer. Algunos años antes mi hermano, marino honrado á quien el mar devoró, me escribió que loco de amor, iba á casarse con la hija de un pescador, la cual llevaba por dote un corazón excelente, lindos ojos, pero ni un centavo de fortuna.

Contestele neciamente : “ Vas á casarte con una mujer que amas y que tiene la ventaja de ser tan pobre como tú...., Sed felices, si podéis, pero, entre nos, os diré que cometéis ambos una necesidad.... Si aun es tiempo no la hagáis.... Adios.” Esta carta era poco aguda, pero en cambio era grosera.

Mi cuñada era Bretona, lo que como todo el mundo sabe, equivale á decir, orgullosa, honrada, testaruda. Jamas olvidó esa carta cruelmente brutal y concibió en su corazón un profundo desprecio por el que la habia escrito. Así fué, que cuando una tempestad le arrebató á su marido, y que sin apoyo ni esperanza se vió reducida á luchar contra la pobreza y las enfermedades, resolvió morir antes que apelar al socorro de su cuñado y habria muerto como lo tenia pensado, sin escribirme—lo que hubiera sido sin duda muy de un breton,—pero poco prudente y de ningun modo cristiano, á no

ser que no estaba sola en el mundo! Tenia una preciosa niñita, que en el mal lecho en que padecia su madre, sufría el hambre con una angelical resignacion y se aniquilaba de dia en dia. Por mas testaruda que fuese la Brotona, no por eso dejaba de mirar á su hija con toda su alma. Pronto conoció que si no queria matarla debia tomar la firme resolucion de enternecer á su cuñado, tan duro y tan malo. Confió esta resolucion á su médico, hombre honrado y caritativo, quien á primera vista habia conocido que el verdadero mal de su cliente era el hambre; pero no habia podido prestarle sino auxilios mínimos ó insuficientes, porque él mismo carecia de lo necesario. Los médicos de los pobres poseen todos los talentos menos el de hacerse pagar. Fué este honrado sujeto el que se encargó de escribirme.

Quando llegué á Marsella, estaba el Dr. en el patio de las mensagerias. Como yo no habia contestado á la peticion de dinero que me habia dirigido, habia calculado ingenuamente y se habia dicho. "El llegaré" y de dia en dia me esperaba. Así obran las almas bellas! á primera vista suponen siempre el bien y por eso las palabras con que me saludó fueron estas:

—No habeis perdido tiempo, señor, habeis presentado que la tardanza era una sentencia de muerte. Dios os recompensará por esta buena accion.

Este elogio me pareció amargo como una ironía; pero no tuve valor para decirle que no lo merecia, ¡y qué hombre ha rehusado jamas un elogio! Qué asno se ha negado á ser considerado como leon!

Habia pensado destinar mi primera visita al teatro; pero la hice á mi cuñada. La encontré en una miserable casucha donde nunca penetraba el sol. Cerca de la cama se encontraba una niñita de hermosos y negros ojos, cejas bien delineadas, rubia y dorada cabellera, la qual caia en caprichosos bucles sobre una fisonomía fina, espresiva é inteligente que denotaba una grave resignacion, producida por la precoz habitud del sufrimiento. Gran Dios! Qué hermosa era todavia y cuan elocuente era su palidez!

La contemplé en silencio. . . . Empecé á comprender entonces el poderoso atractivo que tiene la infancia, la victoriosa fascinacion que ejerce un irresistible imperio aun sobre los corazones mas obstinados y cerrados á las dulces y tiernas sensaciones. Habria querido abrazar á esta deliciosa niña; pero la sórdida avaricia me insinuó de súbito un pensamiento horrible: me dije que si me dejaba enternecer, estaba perdido, porque iba á crearme infinitas obligaciones á las que siempre habia tratado de sustraerme; yo que debia hacer desaparecer sin dejar rastro alguno esa espantosa miseria que tenia ante mis ojos. Este pensamiento me aterrorizó, y retrocedí como el hombre que cree ver un abismo bajo sus pies.

No podía adivinar el bondadoso Dr. cuánta ceguedad y horrible egoísmo existía en mí; creyó que el miedo que me sobrecogía, era compasión. La indecisión del avaro frente al sufrimiento, cuyo espectáculo quería alejar, le pareció ser la emoción de un alma tierna; una melancólica sonrisa apareció en sus labios, se aproximó á mí y tomándome la mano, me dijo:

—La vista de este grande infortunio os enternece, señor! Pero el médico debe antes que todo familiarizarse con el mal que trata de curar. Sois el médico de estas dos criaturas desgraciadas! Aproxímaos!

Me condujo á dos pasos de la cama. Caían de mi frente gotas de un sudor helado. La vergüenza me torturaba el alma y sufría el suplicio de mi maldad.

Cuando la Bretona me vió tan cerca de ella, hizo un esfuerzo violento y se sentó. Su cara presentaba un aspecto de tristeza y orgullo, habría deseado pero no osaba dar órdenes, desgraciada mujer! Mucho le costaba pedir un auxilio á un hombre en quien no tenía fé! Por tanto no descendió hasta la súplica; mostrándome á su hija con su dedo descarnado y tembloroso por la emoción, me dijo con ese acento que parte del corazón, y que penetra y despedaza el alma:

—Ahí tenéis un ángel de Dios, que bien pronto quedará sin madre!

Esta corta pero enérgica alocución no me venció; bien me guardé de ver hácia la niña, de quien mi crueldad tenía miedo, y le contesté del modo mas frío que pude:

—Por qué tenéis tan tristes ideas? Sois aun jóven, tenéis un buen médico y no debéis desesperar.

Cualquiera otro hubiera agregado: “Os ha llegado un hermano que no desea mas que haceros olvidar las penas que os ha causado—contad con él, será el padre de vuestra hija....”

Pero, no dije esto. No tenía mas que una idea: Huir. Oh culto del becerro de oro, y cuan fecundo eres en infamias!

Mientras que lleno de incertidumbre meditaba una vergonzosa retirada, la encantadora niña no cesaba de mirarme con mas sorpresa que temor; se aproximó á mí, separó mi mano de la del Dr. é indicándome el pié de la cama en que estaba su madre, me dijo con la voz mas tierna:

—Siéntate, porque eres demasiado grande para que pueda abrazarte, si no me pones sobre tus rodillas.

Me senté y por sí sola subió sobre mis rodillas.

Al ver esto la Bretona, levantó los ojos al cielo y oró.

En cuanto á mí, comprendí que el momento decisivo de la lucha habia llegado, y me cubrí el corazón con una triple coraza. Me dije á mí mismo, que nada debía á esa mujer ni á esa niña; que el penoso proclio de mi trabajo, solo á mí pertenecía; que el porvenir es vasto y lleno de escollos y que sacrificarlo por otro, sería imprudencia y locura. Cuántas excelentes razones puede tomar el amor del yo á la lógi-

ca, me las aplicaba diestramente. Formada ya mi convicción, resolví ser fuerte y frunciendo las cejas, miré á la niña. También ella me miraba, con una lúmpida, animosa y sencilla mirada que me penetraba. Habíase dicho que buscaba un punto para abrir una brecha á esa trinchera de hierro con que me esforzaba en cubrirme. En fin, pasándome las brazos al cuello me dijo con su voz argentina:

—¿ Quiéres ser mi papá? te querré mucho.... Mucho te pareces á él!.... tenía así como tú una cara de malo; pero era bueno y por mas ceño que pusiera, yo no lo tenía miedo.... tú tambien eres bueno, no es cierto?

No podré decirte cuanta gracia y seduccion habia en esa infantil interpelacion, y sin embargo no cedí! Reuniendo con un esfuerzo supremo cuanto vigor me quedaba en el alma, desprendí de mi cuello con brutal vivacidad esos bracitos que tan suavemente se habian enlazado á él y coloqué la niña en el suelo.

En aquel momento ví sobre su rostro tan maravillosamente espresivo, pintarse un dolor horrible, despues una lágrima rodó lentamente por su tersa y trasparente mejilla y cayó ardiendo sobre mi mano trémula.

Una súbita revolucion se efectuó en mí; mi avaricia y mi brutalidad se me presentaron en toda su asquerosa realidad: me avergoncé de mí mismo.... Sin tratar de combatir ese instinto de bondad que todo hombre tiene en el alma, no quiso raciocinar mas, me levanté y dejándome arrastrar por aquella dicha tan nueva para mí, como es la de ser guiado por el corazon, estendí las manos sobre la cabeza de la niña y exclamé:

—Ante Dios y ante tu madre que me oyon, prometo ser tu padre, y juro, que jamas habrá existido hija mas tiernamente querida que lo que yo te querré.

Ah! si hubiérais visto á la Bretona cuando me oyó hablar así! Sus ojos brillaron, y su cara en que radiaba un resplandor extraño, estaba iluminada por la dicha; su pecho estaba jadeante. Abrió la boca, sin duda para darme gracias; pero no profirió una sola palabra. Gran susto tuvimos el médico y yo, creíamos que se moria de alegría. Pero el gozo no mata. Pronto respiró con mas libertad; pudo llorar y me dijo:

—Hermano, os habia juzgado mal....

No sé que mas agregó, no quise oirla. Creo, Dios me perdone, que si la hubiera dejado, me habria dado gracias por mi brutalidad. Me habria hecho morir de remordimiento.

La interrumpí observándole que estaba mui débil y que seria prudente guardara silencio. El bondadoso doctor me aprobó, dispuso se le dieran algunos medicamentos, y ya se retiraba cuando lo llamé á parte y presentándole una cartera lo dijo:

—Doctor, hacedme aun un servicio. Deseo que mi her-

mana salga prontamente de esta casucha. Nunca he venido á Marsella, ni conozco á nadie. Os encargaré de buscar una casa en que pueda respirarse con libertad y verse el sol?

—Con mucho gusto, me contestó el doctor, pero la infeliz mujer no gozará largo tiempo de ese bien estar.

—Eh! doctor, nun cuando no lo gozara sino un dia, en algo se cuenta un dia de dicha, despues de una vida de miseria y de lágrimas.

El doctor aceptó la comision y en la tarde estaba ya cumplida sin dejar nada que desear.

Al siguiente dia, habitábamos ya una casita sencilla á orillas del mar, admirablemente situada: Al rededor no teniamos sino el cielo, verdor y agua. Allí pasamos tres meses durante los cuales alimenté la esperanza de arrancar á mi hermana al mal que la consumia. ¿Y cómo no debía abrigar tal esperanza? estaba tan tranquila! Vagaba siempre sobre sus labios una sonrisa tan dulce, sobre todo, cuando veia, que olvidando mis cuarenta años y mis cabellos canos, jugaba como un niño para complacer á la niña cuyo padre habia jurado ser! Ai! mis esperanzas debian desvanecerse! Mucho tiempo hacia que luchaban la enferma y la enfermedad, las fuentes de la vida se habian agotado, y la inercia y los cuidados nada podian ya. Mi hermana sabia mejor que nosotros que el término fatal se acercaba; pero lo veia llegar sin temor. Pocas veces hablaba de ello por no hacer brotar las lágrimas de su hija.

Llegó el momento fatal!

En una de esas magníficas noches, tan comunes bajo el cielo de la Provenza, cuando la claridad de la luna se veia por encima de los árboles de nuestro jardincito y que un suave viento soplabá y acariciaba el rostro de la Bretona que respiraba con el fresco de la noche, colocada entre su hija y yo, senti que repentinamente su mano apretaba convulsivamente la mia. Un frio ardiente de fiebre pasó por mi y torné la vista sobre la enferma.... Habia sobre su rostro una serenidad celeste.

—Hermano, me dijo, gracias á vos, he conocido la felicidad; me voi contenta.... amareis á mi hija.... adios!.....

Cesó de hablar: todo habia concluido.

Os lo confesaré: para mi nada terrible tuvo esta muerte. Es que en las últimas palabras de la moribunda, en su pálida sonrisa, en aquel rayo de esperanza que brilló en su última mirada, habia una voluptuosidad mística, como una majestuosa onina: no era la noche de la nada, sino la aurora de un bello dia!

Desde entonces la hija de mi hermano lo fué mia. Me he consagrado enteramente á ella; sus alegrías son las mias, su vida es la mia. Ah! le debo tanto! Por ella soi algo! Esa lágrima, perla preciosa que mi corazon ha recojido, ha sido para mí lo que la gota de rocío para la flor aun cerrada: la ha hecho abrir!

FIN.